



Mi amigo Marco Denevi

Por Héctor Pablo Rubini

Conoci a Marco Denevi allá por 1964, por intermedio de un amigo común, Alfredo, empleado a la sazón en la antigua Caja Nacional de Ahorro Postal, y, por ende, compañero de trabajo del escritor. Alfredo integraba por aquel entonces un grupo de muchachos, mitad soñadores y mitad bohemios, que noche a noche se reunía en determinados bares de Villa Devoto, para hablar de pintura, de literatura, de música, de alguna de las ramas del arte que en ese entonces cultivábamos con la pasión con que se encaran estos temas en la juventud. Transgredíamos, sin dudas, porque en aquel entonces no era común que hombres y mujeres formaran parte de la misma barra vocinglera, cuyos integrantes estaban siempre dispuestos a gastar la broma capaz de colmar la paciencia del destinatario, de cantar en la plaza Arenales, —plaza que, seguramente, ha de estar entre las tres más bellas de Buenos Aires— acompañados de bongó y guitarra, la última cumbia o guajira que pusieran de moda “Los Wawancó”, o de apurar, acodados en el estafío de algún trasnochado boliche de Mosconi y Avda. San Martín, el penúltimo café de esa larga noche que terminaba hondamente imbricada en el día nuevo. Seguramente, cuando Alfredo le habló a Marco de sus amigos algo tocados, Denevi, que para entonces ya era un escritor consagrado, sin vedetismos ni falsas posturas, sintió la necesidad de acercarse a ellos, y vino, y se presentó, y se sentó, y compartimos largas horas de esas noches maravillosas que él amaba tanto como nosotros, porque “la noche es una bruja, / la noche es una maga...”. Muy pronto caímos prisioneros del encanto de su charla. Era un magnífico conversador, un dominador del idioma, un hombre que hacía del humor una divisa y de la ironía una adarga, pero una adarga acorazonada, pues él era todo corazón. Y narraba las anécdotas como nadie, tanto las que pertenecían a la vida real, como las que eran hijas de su fantasía. Por él nos enteramos de que en una ocasión, la hermana le preguntó sin preámbulo alguno: “¿Vos escribiste una novela?...” Y ante la respuesta afirmativa, agregó: “¡Ah, bueno! Entonces ganaste”. Así supo Denevi que su primer texto, *Rosaura a las diez*, había obtenido

el Premio Kraft. El mismo escritor explicaba luego que el original lo redactó en dos meses y medio, transcribiendo las frases tal como se le ocurrían. “Fue una verdadera irresponsabilidad”, agregaba sonriendo. Obtuvo la distinción en 1955. Luego de ello, su obra teatral *Los expedientes*, fue galardonada con el segundo Premio Nacional de Teatro, rubro Comedia; el autor ganó así mismo el Primer Premio del concurso que organizara la revista *Life* de U.S.A., con *Ceremonia Secreta*, la que fuera llevada al cine por el director británico Joseph Losey, y protagonizada por Liz Taylor. *Rosaura a las diez*, por su parte, con Susana Campos y Juan Verdaguer en los protagónicos, fue dirigida en su versión filmica por Mario Soffici. Denevi, abogado que no utilizó su título, y que a través del tiempo publicó unos veinte libros, en 1961 resolvió no volver a postularse para ningún otro premio; siete años después, renunció a su puesto de Subgerente en la Caja de Ahorros, y decidió: “Este mundo ya no es para mí”. Soltero y solo, se recluyó en su departamento de Belgrano. A raíz de ello, Carlos Pellanda, uno de sus amigos, y autor del libro *Conversaciones con Marco Denevi, ese desconocido*, le pregunta si no teme que a causa de dicha actitud, su óptica de la realidad se haya empañado. “No lo niego —responde el entrevistado—. Es posible que mi oficio de escritor ya no disponga más que de un poco de imaginación”. Sin embargo, jamás buscó romper ese deliberado ostracismo del que, en 1995, trataron de rescatarlo las autoridades al otorgarle el título de Personalidad Emérita, distinción conferida por la Secretaría de Cultura de la Nación, y el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes.

Nuestro trato con el escritor se prolongó hasta 1965. En marzo de ese año, contraí enlace y dediqué todo mi tiempo a mi esposa, mi hogar, y el hijo que llegara luego. Aquel grupo de amigos siguió caminos parecidos, confirmando las palabras del escritor al responder a una pregunta de Syria Poletti, que quería saber donde estaba “la tropa de noctámbulos como él (Denevi) seres medio angélicos, medio demoníacos”. “Los semiángeles, semidemonios, —respondía Marco— ahora son mujeres y hombres casados, con hijos,

Mi amigo Marco Denevi [artículo] Héctor Rubini.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rubini, Héctor

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mi amigo Marco Denevi [artículo] Héctor Rubini.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile